

TAKASHI PABLO NAGAI

Prefacio de
MAURO GIUSEPPE LEPORI

L
O

Q
U
E

N
O

M
U
E
R
E

N
U
N
C
A



Lo que no muere nunca



100XUNO

Takashi Pablo Nagai

Lo que no muere nunca

Traducción de Belén de la Vega Cabrera



Título en idioma original: 亡びぬものを (Horobinu mono wo) - 1948

© de la edición italiana: *Ciò che non muore mai*, traducción del japonés y edición de Gabriele Di Comite, 2021

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2023

Traducción de la presente edición: Belén de la Vega Cabrera

Prefacio de Mauro Giuseppe Lepori

© Imágenes del interior: colección de la familia Nagai

La traducción y publicación de esta obra se inserta dentro del proyecto de la Asociación Amici di Takashi e Midori Nagai



Los lectores que deseen informarse sobre las publicaciones y actividades de la asociación pueden consultar la página web www.amicinagai.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, n° 111

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

ISBN: 978-84-1339-140-3

ISBN PDF: 978-84-1339-806-8

Depósito Legal: M-4647-2023

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

PREFACIO. EL AMOR ES LO ÚNICO QUE NO MUERE NUNCA.....	7
La trama de la vida	7
El drama de Job	8
El amor de Cristo, única victoria.....	10
Stabat Mater.....	11
NOTA PARA EL LECTOR.....	15
INTRODUCCIÓN.....	17

LO QUE NO MUERE NUNCA

PRIMERA PARTE.....	31
PADRE E HIJO	33
URAKAMI.....	45
LA ENCRUCIJADA	58
EL SERVICIO DE TERAPIAS FÍSICAS.....	67
UNA NOCHE DE NIEVE.....	102
QUIEN REZA.....	113
SEGUNDA PARTE.....	133
LA CONVERSIÓN	135
LA SOCIEDAD DE SAN VICENTE	150

EL PUNTO DE INFLEXIÓN.....	178
EL FRENTE DE LA MUERTE.....	193
PROFESOR AYUDANTE.....	246
LA BRIGADA DE PRIMEROS AUXILIOS.....	265
LA LEUCEMIA.....	278
LAS CENIZAS.....	299
POST SCRIPTUM.....	322
FOTOGRAFÍAS.....	325
APÉNDICE.....	341

PREFACIO

EL AMOR ES LO ÚNICO QUE NO MUERE NUNCA

LA TRAMA DE LA VIDA

La lectura de la autobiografía de Takashi Pablo Nagai es un viaje guiado a lo largo del curso y la trayectoria turbulenta de una vida en la que el drama humano de una persona llega a entrelazarse con el drama de toda la humanidad. Es el mismo Nagai quien alude a la metáfora de la vida como tejido en un verso poético que escribe en plena guerra chino-japonesa, mientras comparte una fruta con un joven soldado enemigo que ha sido hecho prisionero:

Estoy vivo —creo— sentado a la sombra de un fortín, mientras pelo un pomelo. Hoy estoy vivo aún y creo que la trama de la vida es preciosa (p. 233).

El cara a cara con el rostro humano de quien es definido en la guerra como enemigo, hasta llegar a reconocer la excepcionalidad de su sonrisa —«Nunca en su vida había visto una sonrisa de amor tan profunda»—, le recuerda lo preciosa que es la trama de su vida y de la vida de cada hombre.

La trama de la vida desvela el Misterio que la teje. El hombre atento y vigilante descubre cada vez más que el Misterio es el tejedor de su vida. Descubre que la consciencia de la trama de la vida consiste en el verdadero conocimiento de sí, en la consciencia adecuada del

yo que, según se va devanando su existencia, se descubre cada vez más «tejido» por Otro, por un tejedor misterioso que es capaz de continuar su obra y llevarla a cumplimiento incluso cuando los hilos se rompen, son cortados por fuerzas externas o quemados por un enemigo que parece siempre dispuesto a impedir la tejedura de una existencia querida por el Misterio.

El tejido de una vida expresa la verdad de una persona expresando a Aquel que la teje, a Aquel que la hace. La trama de cada vida es de una originalidad absoluta porque es el Tejedor quien la crea constantemente con un proyecto eterno que no implica que todo esté determinado de antemano, para desarrollarse luego como podría hacerlo una máquina programada. Dios teje teniendo en la cabeza y en el corazón un diseño de plenitud, un cumplimiento, pero el tejido en sí es un acto de creatividad constante que siempre toca, sostiene o retoma en sus manos los hilos de una existencia. La tejedura implica una creatividad en la que el autor siempre está alerta, reconsiderando en todo momento qué dibujo puede realizar con los hilos de que dispone, tal como son o tal como se encuentran, con lo bueno y con lo malo. El tejedor quiere realizar una obra hermosa, útil, buena, acabada. Pero para llevar a cabo su diseño de bien y de belleza tiene que echar siempre cuentas con la realidad de un corazón que él ha querido libre. Al regalar al hombre la libertad, Dios ha asumido el riesgo de someterse a un desafío constante: ser capaz de tejer una obra hermosa y buena con hilos que elegirán romperse, echarse a perder o que se verán dañados por otras libertades. Desde el pecado original Dios ha asumido el desafío de llevar a cumplimiento la vida del hombre tejiendo su trama siempre y en cualquier circunstancia, con todo aquello que el hombre elige o no elige, incluso en contra de su Creador.

EL DRAMA DE JOB

Dios parece perder constantemente el reto de conseguir tejer una vida cumplida. Satanás estropea y corta todos los hilos de la vida de

Job, bien tejida hasta ese momento. ¿Qué podrá hacer el Tejedor supremo con todos esos hilos cortados? Sin embargo hay un hilo que, aunque esté roto, sigue estando en manos del Tejedor: la fidelidad de Job, la confianza de un hombre que, aun viéndose solo y abandonado, tirado sobre estiércol y cubierto de llagas, reconoce la bondad última de la dependencia del Misterio, reconoce que únicamente Otro puede y sabe tejer una y otra vez una existencia que tiende al cumplimiento, que no es solo resultado de muchas pequeñas fidelidades anudadas unas a otras de forma regular, sino del apego al Tejedor que la hace. Nagai aprendió y vivió hasta sus consecuencias extremas esta posición humana, la entendió contemplando la trama de su existencia, siempre rota y siempre recompuesta por Dios más bella, más verdadera, buena y útil.

Takashi Nagai leyó con asombro creciente la obra infatigable de Dios en el telar de su vida y de la vida de los demás. Un asombro que los avatares de la vida trataban de desilusionar y de apagar, porque cada vez que un diseño importante parecía describir toda su vida y su vocación, en un momento dado todo quedaba destruido y el diseño aludido quedaba borrado. Al término de sus estudios de medicina, una otitis contraída por una imprudencia superficial le quita para siempre la posibilidad de ejercer el arte de la medicina usando el estetoscopio. Después, la guerra en Manchuria parece interrumpir el proyecto de matrimonio con Midori. Más tarde, al tiempo que se convierte en un reputado profesor de radiología, una inyección por una gripe banal administrada imprudentemente por un compañero, además de llevarlo casi al borde de la muerte, lo volverá asmático para siempre. Las páginas en las que Nagai describe las crisis de asma son una obra maestra sobre la tragedia de la existencia humana, que nunca deja de anhelar la vida incluso cuando todo la ahoga. Posteriormente, la segunda guerra chino-japonesa, descrita detalladamente, lo alejará durante cuatro años de su familia y de su trabajo. Luego aparecerá la leucemia, con un pronóstico que le da tres años de vida. Cuando este plazo no ha tenido tiempo de cumplirse, llega el golpe de gracia,

la bomba atómica, para quitarle todo, empezando por su mujer, llevándolo al borde de una «desesperación total» (p. 320).

Poder superar todas estas pruebas nunca lo consideró Nagai como fruto de su fuerza de voluntad, de su fe o de sus capacidades. En el fondo, siempre se sorprendió con asombro descubriendo y redescubriendo que el Tejedor seguía tejiendo su vida incansablemente, en pos de un cumplimiento cada vez más profundo y alto, el de un amor que vence la muerte y todo el mal que la humanidad pueda cometer o sufrir.

EL AMOR DE CRISTO, ÚNICA VICTORIA

¿Cómo se produce esta victoria? ¿Cómo puede vencer el amor cuando todo parece haber sido derrotado por el poder del odio? Meditando en estas páginas de Nagai justamente en los días en que una guerra cruel, que mina la paz del mundo entero, una guerra que creíamos imposible, ha comenzado en Ucrania, he comprendido lo urgente que es descubrir la profecía que encierra la vida de Takashi Pablo Nagai, porque no se trata solo de una profecía que anuncia y exige la paz como valor, sino de una profecía que la pide, la sufre, y por tanto la acoge para todos en el único cauce que hace a la humanidad capaz de un bien que supera la capacidad humana: el ofrecimiento y el sacrificio de una vida. La humanidad no puede encontrar paz más que acogiendo un amor imposible para el hombre, un amor que solo Dios tiene, un amor que solo Dios es. Nagai buscó este amor imposible durante toda su vida y expresó este deseo profundo y esencial de su corazón, de nuestro corazón, en todas las dimensiones de la aventura humana: los afectos, la religiosidad, el estudio, el trabajo, la pertenencia a un pueblo, a una cultura que encuentra a otros pueblos y otras culturas, la experiencia del mal, del dolor, de la enfermedad, de la guerra, pero también del bien, del perdón, de la amistad. En todo descubriría las huellas de un amor infinito, querido y rechazado, acogido y herido, sin embargo ofrecido siempre, invencible en su entrega.

Qué conmovedor es el relato de los reflejos luminosos de este Amor infinito en los momentos y gestos de gratuidad que describe Nagai, siempre con sorpresa, incluso y sobre todo en medio de las tinieblas de la guerra. Nagai descubre que lo que vence la guerra, la división y el odio nunca es la fuerza que se opone a la fuerza contraria, sino la locura de gestos gratuitos, de belleza y bondad, de verdad y de dulzura justamente allí donde parecen absurdos. Como cuando, en medio de la urgencia extrema de un hospital de campaña improvisado, lleno de heridos, en una casa china constantemente golpeada por el fuego enemigo, sus compañeros deciden mantener con vida y alimentar a unos gusanos de seda para que quien vuelva a esa casa los encuentre alimentados y preparados para producir. O bien sus compañeros de guerra y de atención médica sobre el terreno que, viendo que no puede masticar, arriesgan su vida para buscarle miel o llevarle unas gachas de arroz. En resumen, Nagai descubre, en medio del fango, semillas de un amor más grande, ese amor que da la vida por los propios amigos (cf. Jn 15,13), ese amor que, al dar la vida, transforma a los enemigos en amigos.

Ofrecer la vida para acoger y expresar este amor se convierte cada vez más en el sentido que Nagai busca y acoge para su existencia, hasta el culmen de estas páginas y de esta vida cuando, frente a las cenizas de todo, frente al aparente fracaso total de su vida que la bomba atómica viene a sellar, se le concede la conciencia clara y consoladora de que este amor que Cristo ha entregado y revelado al mundo, «la vida que ama a Dios y es amada por Dios» (p. 322), es la realidad que no muere nunca y la única que puede dar sentido a la existencia, incluso cuando todo grita que no existe el sentido de la vida.

STABAT MATER

Solo al final descubre Takashi Pablo Nagai en qué medida ha sido su mujer Midori el instrumento esencial de Dios para el desarrollo y cumplimiento de su vocación y misión. Al leer el libro,

resulta desconcertante la escasa mención que se hace de esta mujer excepcional. Pero al final es el mismo Nagai quien confiesa esta «distracción» que habría podido esconder perfectamente, pues el libro lo escribió después de darse cuenta de ello. Delante del montón de huesos de Midori, carbonizados y cubiertos por las cenizas de su casa, y de la cadena de su rosario, cuyas cuentas parecen haber desaparecido bajo la tierra como semillas de una vida fiel y de oración constante, Nagai se da cuenta de que todo lo que en su vida lo ha llevado al cumplimiento, al don, a la fecundidad en la fe, en el trabajo, en la investigación científica, en la amistad, todo lo que lo ha protegido y salvado decenas de veces de una muerte segura, todo era una gracia que la oración y el amor de una mujer silenciosa y escondida obtenía para él. Si su vida alcanzaba ahora el culmen del ofrecimiento, del sacrificio, era porque Midori había acogido y vivido desde siempre este culmen, especialmente por él. Midori era para Nagai la mujer que está bajo la cruz y permite a Cristo, con la libertad de su consentimiento, salvar al mundo. El puesto de Midori es el Stabat Mater, la fidelidad amorosa de María a la misión de su Hijo que, al final, antes de morir, reconoce en ella a la Madre de toda la humanidad que él está redimiendo con su sangre. Al igual que María, Midori ha ofrecido su sí constante al designio de Dios sobre Nagai y sobre ella misma. Es la misma Midori la que revela a Nagai el misterio de su participación profunda, interior, en la misión de su marido, en una circunstancia en la que su generosidad a la hora de cuidar a un enfermo ponía en peligro su vida: «Es verdad, yo no conozco los sufrimientos del asma, pero tú no conoces el miedo que tengo en el corazón cuando te asisto en esos momentos. Cuando estoy ahí, junto a ti, y te miro, creo que preferiría estar en tu lugar. Tú sufres en la carne pero yo sufro en el corazón» (p. 189).

Palabras que la Virgen María habría podido expresar literalmente mientras estaba, silenciosa y amante, junto a la cruz de Jesús. El sacrificio expiatorio y salvífico del Cordero, que Nagai reconocerá en la inmolación de la ciudad de Nagasaki que puso fin a una guerra

mundial, es un acontecimiento que Dios siembra en el corazón de un «sí» al Amor más grande que regenera el mundo.

P. Mauro-Giuseppe Lepori Ocist
Abad General Orden Cisterciense
19 de marzo de 2022

NOTA PARA EL LECTOR

El sistema de transcripción fonética de la lengua japonesa adoptado en este libro es el llamado método de *romanización Hepburn*, cuyas letras son denominadas *rōmaji*, que en japonés significa «caracteres romanos».

En japonés, vocales y consonantes se pronuncian de forma parecida al español. Hay que tener presente que:

- *sh* corresponde al inglés *sh* de *shower*;
- *g* corresponde a nuestra *g* de *gato*;
- *j* corresponde a nuestra *ll* de *lluvia*;
- *w* corresponde a nuestra *u*;
- *h* corresponde al inglés *h* de *house*;
- un guion sobre las vocales *ō* y *ū* alarga su duración.

Aunque en Japón es habitual anteponer el nombre de bautismo cristiano al apellido, seguido a su vez del nombre de pila, por ejemplo Pablo Nagai Takashi, en este libro se adopta el uso occidental que antepone el nombre de pila, por ejemplo, Takashi Pablo Nagai.

INTRODUCCIÓN

El 9 de agosto de 1945 explotó sobre Nagasaki la segunda bomba atómica de la historia, tan solo tres días después de la de Hiroshima. En un instante toda la zona norte de la ciudad se vio reducida a cenizas. De los cerca de doscientos cincuenta mil habitantes que poblaban Nagasaki, murieron cuarenta mil de golpe y otros tantos en los días siguientes.

En el siglo XVII la ciudad de Nagasaki se había hecho completamente cristiana gracias a la obra de san Francisco Javier y de los misioneros jesuitas que habían introducido la fe en Japón en 1549. Poblada por decenas de iglesias y conocida en Europa como la Roma de Oriente, sería durante más de cuatrocientos años el corazón vivo del catolicismo en esa tierra. A finales del siglo XVI empezaron, por obra del gobierno de los samuráis, las atroces persecuciones que durarían hasta el siglo XIX y que llevarían al exterminio de decenas de miles de mártires cristianos. Algunos miles de fieles que no estaban dispuestos a abjurar se refugiaron en los campos de Urakami, el distrito rural al norte de Nagasaki, a orillas del río homónimo. Allí establecieron sus nuevas comunidades y empezaron a vivir la fe en la clandestinidad, en lo secreto de sus casas, sin iglesias, sacerdotes ni sacramentos, a excepción del bautismo que ellos mismos impartían. Se convirtieron en el pueblo de los llamados Cristianos Ocultos que,

durante más de doscientos cincuenta años, transmitió de generación en generación la fe heredada de los jesuitas y de sus antepasados mártires. A finales de siglo XIX, cuando la profesión de la fe cristiana se vio liberalizada por fin, Urakami era completamente católico.

Y lo era todavía cuando, convertida en parte integrante de la ciudad de Nagasaki, fue el epicentro de la explosión del artefacto nuclear. De los cerca de doce mil cristianos que vivían en Urakami, ocho mil quinientos murieron en el momento.

A ese pueblo de creyentes que había cultivado la primera semilla de la fe en Japón a lo largo de tres siglos de terror, al que se le había pedido que la regara con la sangre de sus mártires y que la preservara y transmitiera en secreto de generación en generación, se le pedía ahora un nuevo sacrificio, esta vez a través de la descomunal energía del átomo. Y precisamente gracias al ofrecimiento de ese cordero sacrificial, terminó de hecho la Segunda Guerra Mundial. Algunos días después de la explosión de la segunda bomba atómica, el Imperio japonés anunció su rendición y todas las naciones del mundo pusieron fin a los conflictos bélicos.

Takashi Pablo Nagai era un médico radiólogo que había encontrado y abrazado la fe católica en Urakami, movido por el testimonio de esa comunidad y, sobre todo, de una mujer, Midori Marina, que llegaría a ser su esposa.

La mañana de la explosión, Takashi se encontraba de guardia en el Hospital universitario, a solo 700 m del epicentro. Se salvó porque le protegió la estructura de cemento armado del edificio. En cambio, la bomba se llevó a su amada Midori, junto a todo Urakami.

¡Cenizas! ¡Cenizas que cubrían las rugosidades de la corteza terrestre!

La ceniza brillaba bajo el sol, blanca y sin rostro. Los barrios, las fábricas, las escuelas, la iglesia, los bosques, los campos, todo lo que existía había desaparecido; los muros de piedra que se levantaban desordenados por las colinas y los caminos que discurrían por

los valles, todo eso no era más que un manto de cenizas blancas. Se restregó los ojos insomnes una y otra vez, preguntándose si la ciudad que existía hasta el día anterior había sido solo sueño o si el sueño era más bien ese páramo desierto que se presentaba ante sus ojos esa mañana. Pero su Urakami no era más que cenizas.

La humanidad y todas sus preocupaciones ya no tenían consistencia [...]

No quedaba nada de los frutos de todos los esfuerzos de una vida entera y todas sus esperanzas con respecto al futuro se habían convertido en nada.

—¿Para qué he vivido hasta hoy? ¿Y para que viviré de ahora en adelante?

Mientras yacía sobre las cenizas, las tinieblas de la noche lo asaltaron y sobre su corazón se abatió una desesperación total¹.

Ese momento marca para Takashi Nagai un nuevo inicio. Mientras que en el corazón de la mayor parte de los supervivientes se imponen «las tinieblas de la noche» y «se abate la desesperación» como trágica afirmación última sobre la realidad, en el corazón de Takashi, a partir de ese instante, se impone con una fuerza cada vez mayor el grito de la pregunta: «¿Para qué viviré de ahora en adelante?».

La libertad del hombre se pone en juego de forma dramática frente al mal y al dolor. Justo en el momento en que toda la realidad se presenta solo como muerte y destrucción, se vuelve más urgente y ardiente en el corazón del hombre el grito doloroso ante ese bien que parece perdido para siempre. Y precisamente en ese momento la libertad debe decidir si da crédito al terrible vértigo ante la posibilidad de que todo sea nada o deja espacio a la exigencia de que todo pueda tener un sentido por fin.

—¡Toda una vida reducida a cenizas!

¹ Takashi Pablo Nagai, *Lo que no muere nunca*.

¡No podía soportar una vida sin sentido! Tenía que encontrar lo que no perece. Tenía que aferrarse a lo que no muere nunca. El tiempo pasa, el espacio se desvanece, los seres vivos mueren, pero nosotros tenemos que vivir la vida de modo que permanezca lo que no perece, lo que no muere².

Se trata de la pura opción de la libertad, que se halla ante una disyuntiva: creer que el bien es imposible ya o esperar todavía que la vida pueda sorprender con una respuesta inimaginable. Una posición humana, esta última, que requiere la humildad de reconocer que la vida es un Misterio más grande que la propia capacidad de comprender e incluso de imaginar.

Pero, ¿dónde encontrar la fuerza para sostener esa pregunta, de modo que se convierta en una espera cierta, llena de esperanza? ¿Cómo se puede esperar razonablemente que exista algo que no perece si alrededor todo es ceniza y muerte? ¿A qué se puede uno aferrar para sostener ese deseo?

Al volver a mirar toda su vida con esa exigencia en los ojos, no queriendo hacer trampas ni escapar, Takashi reconoce con serena evidencia que su vida testimonia ante sí mismo la presencia de una semilla de Aquello que no muere nunca, de Aquello que es capaz de sostener esa promesa.

«El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán». Había comprendido que lo que va más allá del tiempo y el espacio y permanece para siempre es la palabra de Jesucristo, que es Dios. La vida en Su palabra, la vida con Su palabra, la vida que ama a Dios y es amada por Dios, la vida sobrenatural, la vida del espíritu: esta es la verdadera vida que un hombre debe vivir.

Lo había perdido todo, pero estaba entrando en su nueva vida, en busca de aquello que nunca perdería³.

² Ib.

³ Ib.

Partiendo de esa evidencia, Takashi se lanza a su nueva vida y decide escribir este libro como testimonio para todos sus hermanos, los hombres de aquello que, o mejor, de Aquel —Jesucristo— que puede imprimir un nuevo y definitivo sentido a todo, incluso en condiciones de muerte y de dolor tan extremas como las que siguieron a la devastación de la bomba atómica.

Lo que no muere nunca es un libro fielmente autobiográfico en forma de novela, escrito en tercera persona, en el que Takashi Nagai recorre su propia vida, desde la infancia hasta los días posteriores a la explosión de la bomba atómica. En él se narran los numerosos eventos que se van sucediendo como la secuencia de los pasos de un camino que la providencia de Dios ha sabido tejer sabiamente hasta llevarlo a estar preparado para el momento del punto de inflexión último.

Con la profundísima inteligencia de lo humano que lo caracteriza, Takashi Nagai traza la trayectoria de los hechos más importantes de su vida —una secuencia de acontecimientos tan clamorosos que merecen, de por sí, convertirse en la trama apasionante de una obra literaria o cinematográfica— y, con mirada siempre atenta y llena de asombro, a veces serio y dramático pero con frecuencia ligero y divertido, capta el nexo entre ellos como si fuesen pasos de un itinerario hacia el descubrimiento de la Verdad.

En mi opinión, esta es la nota que domina toda la vida de Takashi Nagai desde la infancia, como se manifiesta en esta obra: una apremiante exigencia de verdad que no da tregua a su razón. Verdad a la que él quiere entregarse por completo, hasta que todo tenga sentido y nada se pierda en el vacío.

Su amor por la verdad y la razón lo llevan ante todo a apasionarse por la ciencia médica, tras las huellas —como él mismo nos cuenta— de sus padres y, antes aún, de su abuelo. En una época en que la ciencia y la tecnología progresan a pasos de gigante en Europa y América y, solo como un reflejo, en Japón, Takashi Nagai descubre en ese mundo no solo la belleza de la Verdad, sino también de la Bondad, seguro de

que sirviendo a la medicina y a la ciencia podrá contribuir al bien de sus pacientes y al progreso de toda la humanidad, para la eternidad. Con estos grandes ideales se lanza por ese camino con todo su ser.

Pero su corazón permanece inquieto porque, en el fondo, ni siquiera eso parece ser suficiente. Aunque su amor por la ciencia y la medicina se mantenga como un rasgo dominante a lo largo de toda su vida, rasgo que va acrecentándose a medida que saca provecho de su experiencia, en su corazón se abre paso la intuición de que ni siquiera esos esfuerzos, por muy virtuosos que sean, representan el valor último de la existencia, sino que son solo un paso de un camino que lleva a otro sitio.

El testimonio de la comunidad de Urakami y, sobre todo, de Midori, la mujer que se convertirá en su esposa, le muestra que existe otra razón por la que merece la pena hacerlo todo, dentro de cuyo horizonte también el trabajo de médico, científico y profesor asume su justa orientación. Serán las abominaciones a las que tiene que asistir en la guerra y algunos sucesos que ponen en riesgo su vida lo que disipe definitivamente la ilusión de que los ideales del progreso y del humanismo y el mito de su amado Japón pueden dar forma a la vida según esa perspectiva verdadera, inteligente y eterna que va buscando.

Cuando Takashi Nagai desarrolla la leucemia a causa de su trabajo como radiólogo, trabajo al que se ha dedicado sin reservas, y le pronostican solo tres años de vida, se da cuenta de que hasta ese momento, mientras él se inquietaba por realizar con sus manos el bien y ayudar al mundo a progresar, su esposa Midori obraba discretamente en silencio, completamente confiada, sin ruido alguno, a su propia vocación, desde la conciencia de que solo en el ofrecimiento de sí a Cristo uno puede colaborar con el bien del mundo. Takashi se da cuenta de que hasta ese momento Midori se había entregado por completo, con un trabajo incansable, al servicio de su familia y de la comunidad de Urakami. Él, que se había convertido en un aclamado científico y un médico respetado en toda la ciudad, nunca se había dado cuenta realmente del sacrificio silencioso de esa mujer que trabajaba de forma escondida.

Tan solo dos meses después explotaría la bomba atómica y, una vez más, Midori ofrecería su sacrificio silencioso, dejando de sí misma unos pocos huesos carbonizados entre las cenizas de Urakami, junto a un testimonio poderoso que estaba destinado a cambiar para siempre la vida de Takashi.

Dos meses después de la explosión de la bomba atómica, Takashi decide volver a vivir a Urakami, sobre los restos de esa casa en la que había conocido a Midori y se había casado con ella y que, antes de ellos, había sido el refugio de los Cristianos Ocultos. Privado ya de todo e inmovilizado en la cama debido a la leucemia, hace que le construyan una cabaña a la que llama Nyokodō, «el lugar del amor a uno mismo», en donde comienza un camino luminoso en una deseada y total pobreza material y de espíritu, para descubrirse a sí mismo y la realidad desde la amistad con Cristo.

En una cabaña provisional en medio del desierto atómico azotada por el viento, con dos niños pequeños entre los brazos y un cuerpo que ya no puede mover como le gustaría, lleva ahora una vida llena de luz⁴.

En este punto de la historia termina el relato de este libro, con las únicas palabras que Nagai escribe en primera persona:

Esa nueva vida tendría que haber sido la tercera parte de este libro, pero como mis fuerzas van declinando, me gustaría dar testimonio de ella en otra obra⁵.

El testimonio imponente de la luminosidad de la vida que Takashi Nagai vivió a partir de ese momento hasta el término su vida en la tierra, el 1 de mayo de 1951, nos lo da él mismo en su maravilloso

⁴ Ib.

⁵ Ib.

libro *Pensieri dal Nyokodō* (*Pensamientos del Nyokodō*), al cual remito al lector como continuación y desarrollo de este [actualmente no existe versión en castellano, nde].

Volviendo a esta obra, *Lo que no muere nunca*, es oportuno observar que se sitúa en el surco de la antigua tradición literaria japonesa dentro de la cual, hasta el siglo XX, las obras autobiográficas se escribían en tercera persona y el autor se atribuía un seudónimo. Esto es lo que hace Takashi Nagai en esta novela que —deseo subrayar— es fielmente autobiográfica.

A pesar de que en la primera mitad del siglo XX —es decir, cuando escribe Nagai— se había difundido ya por Japón y predominaba, por clara influencia de la cultura occidental, la novela del yo —en la que el autor habla en primera persona y se pone en el centro de la narración, dirigiendo a sí mismo el estudio del alma, con un planteamiento fuertemente psicologista—, Nagai decide separarse de esa tendencia y seguir la tradición porque se plantea un objetivo distinto: quiere contar su propia vida con el asombro y el agradecimiento de quien admira algo grande y hermoso, en este caso la trama de los acontecimientos de su vida que, sin embargo, no son solo suyos, sino que proclaman la obra de Otro y anuncian una posibilidad que es para todos. Son una invitación para todos. El centro de su relato no es él mismo sino lo que ha encontrado, lo que le ha sucedido. Esta obra es la mirada llena de asombro hacia sí mismo de quien se da cuenta de que la vida que busca su significado está habitada por la presencia de Cristo y de que todo converge hacia el encuentro con Él.

Aunque Nagai no nos ha dejado ninguna indicación del criterio con el que elige los seudónimos que adopta en esta obra para sí y para su mujer Midori, el lector me permitirá compartir mi hipótesis personal al respecto.

El nombre personal del protagonista de esta novela, Ryūkichi, 隆吉, enlaza directamente con el del autor Takashi, 隆, visto que, como se puede apreciar, está compuesto por dos ideogramas de los que el primero coincide con el de Takashi (a pesar de la diferencia de

lectura por razones que exceden los objetivos de esta explicación). En resumen, quiere decirnos: «Ryūkichi soy yo».

El apellido del protagonista, Hayashi, 林, significa «bosque» y se escribe, como puede verse, con un ideograma que representa a dos árboles. Es interesante apreciar que el verdadero apellido de Midori, que es Moriyama, se escribe con dos ideogramas, 森山, el primo de los cuales significa «bosque» y representa a tres árboles. A la luz de lo ya mencionado al lector, que resultará claro en el libro, no puedo dejar de lanzar la hipótesis de que el autor ha querido marcar un signo de pertenencia, de filiación con respecto a la familia Moriyama y a la misma Midori, como queriendo decir que él, un pequeño bosque de dos árboles, es hijo en la fe y en la vida de ese gran bosque que son los tres árboles de los Moriyama.

Finalmente, el seudónimo que el autor atribuye a su mujer Midori en esta obra es Haruno, 春野, que significa «campo de primavera», situándola así en clara contraposición al campo atómico, *genya*, 原野, nombre con el cual Nagai denomina al desierto devastado por la explosión nuclear. El átomo, 原, ha transformado el campo, 野, en cenizas, mientras que Haruno lo ha fertilizado con el sacrificio de su propia vida, transformándolo en un campo de primavera en flor. A este propósito, deseo hacer saber al lector que cuando Takashi Nagai, ya inmovilizado en cama en Nyokodō, ganó su primer dinero como escritor, decidió usar lo ganado para plantar mil cerezos por todo Urakami con el fin de que, como él decía, en primavera el campo atómico se transformase en una colina en flor.

Quiero hacer una última observación a beneficio del lector occidental antes de que emprenda la lectura de esta preciosa obra. En muchos momentos el autor narra la vida de la comunidad de la Iglesia católica a medida que él mismo la descubre y se adentra en ella. Proporciona algunas referencias sobre la liturgia, los sacramentos y la doctrina, narrando, por ejemplo, cómo se desarrollan los ritos de los sacramentos o compartiendo nociones específicas como los diez

mandamientos o los siete vicios capitales. La intención del autor es claramente proporcionar al lector medio japonés, que se debe suponer que los ignora, algunos elementos de base del contenido y la forma de la fe de la Iglesia católica.

Aunque a muchos de los lectores occidentales esas nociones les pueden resultar obvias e incluso un poco aburridas, es en cambio muy interesante caer en la cuenta de que para él son el descubrimiento de la presencia de Cristo que actúa en la vida de los hombres de forma realmente incisiva.

Si bien ciertas nociones corren el riesgo de sonarnos —perdóneme el lector— como la evocación desvaída de un pasado un poco enmohecido, que ya tiene poco que decir a la apresurada vida en la que todos nos afanamos cada día, creo que aquí Nagai nos da la posibilidad de volver a mirar esas cosas con los ojos vírgenes de quien las ve por primera vez y se da cuenta de que ha encontrado por fin lo que había buscado durante tanto tiempo, es decir, la Verdad que interviene e incide eficazmente en la vida con la concreción de un gesto, un objeto o una palabra.

Comprendí que la Iglesia era una realidad exuberante que latía con fuerza vital y que era un error tratarla como un muestrario de reliquias de anticuario pertenecientes a la histórica secta herética de los padres jesuitas⁶.

A medida que se desarrollaban a lo largo de este relato los encuentros más significativos y los acontecimientos más incidentes en la vida del autor, he sido consciente de la imponencia de la estatura humana de Takashi y de Midori. Ambos, aunque provenían de dos caminos muy distintos, se tomaron tan en serio el compromiso con el significado de la vida y la responsabilidad en el encuentro con la fe cristiana, que se dejaron plasmar completamente por él. Resulta

⁶ Ib.

evidente en su historia —como en la de los Cristianos Ocultos, de la que brota la fe de ambos— que el bautismo es capaz de generar la semilla de un hombre nuevo que, en la compañía vocacional, encuentra el terreno en que puede crecer, florecer y dar fruto; un hombre nuevo que mira todo con los ojos de quien sabe que es custodiado y amado para siempre.

Conocer a Takashi y Midori es descubrir que la fe no es un pensamiento o un sentimiento o, peor aún, un recuerdo descolorido, sino el reconocimiento de la presencia de Cristo que actúa en la unidad de la Iglesia para llenar de alegría, en cualquier circunstancia, la vida de quien acepta dejarse amar por Él. Espero que pueda producirse en todos nosotros este mismo descubrimiento a través del testimonio contenido en esta obra, por la que nunca estaré lo suficientemente agradecido.

Gabriele Di Comite
Tokio, 16 de enero de 2022

LO QUE NO MUERE NUNCA